

MARIELA INSÚA, VIBHA MAURYA Y  
MINNI SAWHNEY (EDS.)

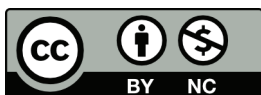
# ACTAS DEL III CONGRESO IBERO-ASIÁTICO DE HISPANISTAS



Mariela Insúa, Vibha Maurya y Minni Sawhney (eds.), *Actas del III Congreso Ibero-Asiático de Hispanistas*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2015. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 33 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-482-9.

FORTUNA, PREDESTINACIÓN DIVINA Y LIBRE  
ALBEDRÍO: REFLEXIONES DESDE MONTAIGNE  
Y DON QUIJOTE

*Aitor Bikandi-Mejias*  
*Saint Louis University, Madrid Campus*

Si la Antigüedad Clásica es parte de la genética del Renacimiento, el ideal del hombre/mujer libre de este no puede entenderse sin el Cristianismo, del cual surge<sup>1</sup>. Debido a las diversas fuentes que participan en su configuración, algunas tensiones se producirán, ineludiblemente, dentro del pensamiento renacentista: por ejemplo, con la idea del azar, designio divino y libertad. Un análisis de los *Ensayos* de Montaigne y del *Quijote* nos permitirá observar precisamente cómo se entrecruzan, dialogan y se manifiestan estas fuerzas<sup>2</sup>. Por una parte, la influencia de la cultura clásica les permea de la importancia del azar en la existencia; por otro lado, el espíritu cristiano, del que ambos son partícipes, les empapa de la noción de la Providencia Divina y sus designios; y por último, la controversia desatada sobre el libre albedrío durante esta época de luchas de religión, les hará tomar partido por la ortodoxia católica y su defensa de aquel, frente a ciertos postulados de la Reforma protestante. Cómo tratan de conciliar todas estas fuerzas, por otro lado, nos arroja alguna luz sobre la naturaleza paradójica

<sup>1</sup> Kristeva: «the history of Christianity is a preparation for humanism» (Kristeva, 2009, p. 83).

<sup>2</sup> Aun siendo verdad que Cervantes, viviendo entre el Renacimiento y el Barroco, tiene rasgos de ambos mundos, comparte con Montaigne formación humanística y renacentista. López Fanego encuentra numerosas coincidencias entre ambos escritores; recordando, por otro lado, que varios autores, como Américo Castro, habían establecido ya paralelos entre ellos (López Fanego, 1979/1980, p. 163).

de la condición humana y su lugar en el cosmos; condición humana que edifican sobre el pilar de la libertad.

Para los clásicos, la diosa Fortuna reina el universo. Esta creencia en el acaso de la vida correspondía hasta cierto punto con una concepción lúdica —y religiosa— de ella; la vida como juego (los juegos tuvieron en origen una matriz religiosa). La rueda de la fortuna es la ruleta del casino. No es casualidad que elementos del juego —cartas, dados— sirvan al mismo tiempo como objeto de adivinación —del destino— y esparcimiento lúdico; tampoco lo es que se les llame «juegos de azar», pues este interviene en ellos de manera capital. Al destino también se le dice «suerte»; en la vida —juego de azar—, como en el juego, la suerte nos es muy necesaria<sup>3</sup>. Miramos a las estrellas, leemos las cartas, las manos o los posos del café, para intentar penetrar el misterio del universo y adivinar por dónde nos llegará el albur. O atendemos a los sueños y su don profético<sup>4</sup>. En la mitología griega, Dionisio es el dios del destino y de los sueños.

El escritor e hispanista alemán del Romanticismo, y traductor del *Quijote*, Ludwig Tieck se preguntaba: «*Pero ¿somos nosotros quienes jugamos así con nosotros mismos?* ¿O bien es una mano de lo alto que baraja los naipes?»<sup>5</sup>. ¿Juega Dios a las cartas con los seres vivos? Schopenhauer estima: «No conocemos mayor juego de dados que el juego del nacimiento y de la muerte»<sup>6</sup>. Es verdad que el azar nos coloca en un país, en un tiempo, en un medio social o familiar, y que ese azar puede convertirse en un destino: ¿nacer judío en Centro Europa a principios del siglo XX? Es verdad que la pura y simple suerte puede determinar nuestra sentencia: ¿tomar un tren a determinada hora y a determinado sitio un once de marzo del 2004? ¿Es todo, entonces, cuestión de azar?

Einstein respondería que no, con aquella famosa sentencia suya de que «Dios no juega a los dados», que supone el rechazo a un universo arbitrario<sup>7</sup>. No porque crea en el Dios de las religiones, que engendra

<sup>3</sup> Anatole France en *El jardín de Epicuro* habla del juego como un «combate cuerpo a cuerpo con el destino» (citado en Benjamin, 2005, p. 499).

<sup>4</sup> «Los caminos naturales para entrar en la mansión de los dioses y prever el curso del destino son el furor y el sueño» (Montaigne, *Ensayos completos*, pp. 485-486).

<sup>5</sup> Citado en Béguin, 1992, p. 281.

<sup>6</sup> Schopenhauer, 1987, p. 112.

<sup>7</sup> Con ello, el Premio Nobel de Física desestimaba el «principio de incertidumbre» de Heisenberg (Stone, 2008, p. 418, n. 13).

a mujeres y hombres y otorga un fin/designio a sus vidas, sino porque la naturaleza guarda un maravilloso orden racional, donde no cabría el azar (¿este no aplicaría más que a los detalles «menores», como una vida humana?): «quien esté impregnado de la regularidad causal de todos los hechos considerará imposible el concepto de un ente que intervenga en los sucesos del Universo»; en la hipótesis de la causalidad, no caben la Religión del Miedo ni la Social, o Moral<sup>8</sup>. Tal forma de pensar deja muy poco espacio a la libertad individual, engullida en tamaño engranaje cósmico; y así, el libre albedrío es una ficción que no hace peligrar «las leyes de la causalidad»<sup>9</sup>. Añade: «El futuro no es ni menos importante ni está menos determinado que el pasado»<sup>10</sup>. El pensamiento marxista también recurre a una especie de determinismo histórico, ante el que la voluntad humana no puede más que intentar frenar o acelerar las etapas por venir, inevitablemente, de la Historia (regida asimismo por la cadena tiránica de la causa-efecto-causa); en su Prólogo a la primera edición del *Capital*, escribe Marx: «Aunque una sociedad haya encontrado el rastro de la *ley natural con arreglo a la cual se mueve* [...] jamás podrá saltar ni descartar por decreto las fases naturales de su desarrollo»; no pudiendo, por ello, hacerse al individuo responsable «de la existencia de relaciones de que él es socialmente criatura»<sup>11</sup>.

Con respecto a la idea del azar y providencia divina, López Fanego piensa que Montaigne y Cervantes se muestran contrarios a interpretar las intenciones de la providencia; por la incongruencia que supone «relacionar sistemáticamente todo acontecimiento con la voluntad divina»<sup>12</sup>. Comentando sobre las objeciones que le pusieron a Montaigne, en su viaje a Roma, al mostrar su obra, y las que objetó a sus *Ensayos* la Inquisición española medio siglo después, López Fanego menciona la palabra «fortuna» como una de ellas; aludiendo a una causa incomprensible o desconocida —como azar, destino, caso—, de hechos que no podían ser atribuidos a una resolución divi-

<sup>8</sup> Einstein, 1986, pp. 22-23.

<sup>9</sup> Einstein, 1986, p. 244. Esto, no obstante, no quiere decir que Einstein no creyera en la libertad de enseñanza, política y de expresión, a las que honraba profundamente (Einstein, 1986, pp. 27-29, p. 109).

<sup>10</sup> Einstein, 1986, p. 24.

<sup>11</sup> Marx, 1984, p. XV. En cambio, el historiador Hauser sostiene: «La esencia de la historia es precisamente su imprevisibilidad» (Hauser, 1979, p. 37).

<sup>12</sup> López Fanego, 1979/1980, p. 194.

na. La Iglesia veía con malos ojos el empleo de este tipo de palabras, «que no solamente no explicaban el porqué de las cosas, ni siquiera como castigo divino, sino que las presentaban como inexplicables»<sup>13</sup>.

El Renacimiento, íntimamente penetrado por la Antigüedad Clásica, había hecho suya una de sus grandes premisas: el del acaso en la vida. La suerte rige el mundo —así se percibe en tantas lecturas que sirven de fuente al movimiento—; Castiglione, que apuntamos será nuncio apostólico en España, escribe que la fortuna «en todo lo del mundo la vemos señorear»<sup>14</sup>. Este tema inevitablemente recorrerá los *Ensayos* del pensador francés, cosido de referencias a la cultura greco-romana, de arriba abajo: «La desgracia y la fortuna son, a mi entender, potencias soberanas [...] Pero yo digo que incluso nuestra prudencia y nuestras consultas siguen en su mayor parte la dirección del azar»<sup>15</sup>. El azar se transforma en *leit motiv* recurrente en su obra («Pero digo ahora que no sólo en la medicina, sino en varias artes más exactas, la fortuna tiene buena parte también»)<sup>16</sup>, hasta llegar a exponer este axioma, en boca de un «antiguo», de forma radical: «Dice un antiguo que no es maravilla que el azar tenga tanta fuerza sobre nosotros, puesto que sólo por azar vivimos»<sup>17</sup>.

También un caballero andante que sale a la ventura se entregará en brazos del albur; topándose por casualidad en caminos, encrucijadas y ventas con la gente más diversa: «Salí de mi patria [...] y entreguéme en los brazos de la Fortuna, que me llevasen donde más fuese servida»<sup>18</sup>. Los estudiantes que van a la bodas de Camacho se encuentran con él en las veredas, y por tener un rato entretenido, le piden que los acompañe: «Si vuestra merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros»<sup>19</sup>. En la época, lo «peregrino» es igualmente lo extraño, raro, curioso; al peregrinar se camina, creando ocasión para el albur, lo diferente y la sorpresa: los encuentros inesperados. Tanto Montaigne como Cervantes ven la influencia de la suerte en muchos aspectos de la vida, negándose a

<sup>13</sup> López Fanego, 1986, p. 153.

<sup>14</sup> Castiglione, *El cortesano*, p. 126.

<sup>15</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 795.

<sup>16</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 87.

<sup>17</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 279.

<sup>18</sup> Cervantes, *Quijote*, II, p. 151.

<sup>19</sup> Cervantes, *Quijote*, II, p. 178.

interpretar cada accidente de esta como un designio de Dios; aun así y todo, no creo que quieran/puedan escapar de un fundamento básico de casi toda creencia religiosa: la Providencia divina, el motor que pone en funcionamiento la máquina del Universo con un fin, «la ciudad de Dios», y dando sentido a la existencia; aunque aquella no rija tantísimos acontecimientos cotidianos que respiran debido a la suerte. Diría un tiempo después Gracián, la fortuna es «hija de la suprema Providencia, asistente siempre a sus causas, ya queriendo, ya permitiendo»<sup>20</sup>. Gracián, católico, jesuita, no puede prescindir, en el Barroco contrarreformista, de la mano divina en la fortuna; lo mismo, creo, aunque menos radicalmente, sucede con Cervantes y Montaigne.

Aceptar que todo es responsabilidad del azar, es crear un Cosmos frío, ajeno al sufrimiento humano; algo que no podría caber en la mente de personas de religiosidad profunda. Debe añadirse, por otra parte, que el omnipresente azar servía también durante el Renacimiento para explicar lo inexplicable, aquello que escapa a los términos de nuestro razonamiento<sup>21</sup>. «El hombre debe reconocer que debe al azar la verdad que descubre», prevenía Montaigne<sup>22</sup>. Era otra forma de remarcar la humildad que debe sostener al ser humano en su búsqueda de la sabiduría; ya que «las tinieblas que envuelven la verdad ejercitan la humildad o doman el orgullo»<sup>23</sup>. Don Quijote había observado ante los diversos acontecimientos de la Venta de Juan Palomeque<sup>24</sup>:

son tantas y tan estrañas las cosas que en este castillo [...] me han sucedido, que no me atreva a decir afirmativamente ninguna cosa [...] Quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con

<sup>20</sup> Gracián, *El Héroe*, p. 133.

<sup>21</sup> Muñiz indica que en los varios pasajes del *Cortesano* en que aparece el tema de la fortuna, este aparece casi siempre con fórmulas fijas, «que indican el carácter imprevisible e incognoscible de la realidad para las limitadas capacidades del hombre» (Muñiz, 1994, p. 126, n. 1).

<sup>22</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 471.

<sup>23</sup> San Agustín (citado en Montaigne, *Ensayos completos*, p. 472, n. 309).

<sup>24</sup> Kinder advierte en el tema de la posada, «a reflexive stopping point (or chapter break)», de larga tradición en la narrativa española (Kinder, 1993, p. 332). Ventas y posadas podemos asociarlos a pasillos y escaleras, los cuales relaciona Bajtin con el «cronotopo del umbral» —motivo del encuentro y de períodos de cambio y crisis en la vida (Bajtin, 1990, p. 248). El Carnaval celebra las mudanzas radicales de la existencia (¿golpes de azar?).

vuestras mercedes los encantamientos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como a mí me parecían (Cervantes, *Quijote*, I, pp. 541-542).

Esta postura casi pirroniana nos hace recordar las muchas que del estilo tiene Montaigne, para quien «la persuasión de la certeza es testimonio seguro de locura e incertidumbre extremas»<sup>25</sup>.

Y si existe el designio divino, ¿nuestra vida está predestinada? No somos hechos de azar, sino de «arte», expone un personaje del *Cortesano*, miser Pietro Bembo: en «la figura del hombre, el cual se puede llamar pequeño mundo», hallaréis «todas las partes de su cuerpo ser compuestas necesariamente por arte y no acaso, y después toda la forma junta ser hermosísima»<sup>26</sup>. Es el orfebre divino quien nos ha fabricado, no una casualidad cósmica desatada. Es verdad que con la reacción conservadora y teocéntrica que se produce durante la Contrarreforma, la Iglesia se muestra más celosa en la salvaguarda de sus cánones; y cada vez gusta menos de la palabra Fortuna y quiere que se hable de Providencia. El *Quijote* se mueve entre estas dos aguas; y si podemos dar una interpretación azarosa a muchos hechos, es también verdad que Cervantes, frente a sucesos de especial trascendencia duda y, al poner ambos principios en la balanza, se decanta por el del designio divino. En la Venta de Juan Palomeque el Zurdo, ante tanto acontecimiento fortuito, se nos dice que ocurren «no acaso, como parecía, sino con particular providencia del cielo»<sup>27</sup>. Y aquella venta adquirirá un sentido más profundo para don Fernando, al transmutarse en «cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra»<sup>28</sup>.

Y por encima de todo, frente a destino, designio o azar, no podemos dejar de remarcar cómo la libertad humana cimienta este Humanismo. Abellán, que habla del «profundo origen religioso de la

<sup>25</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 459. «Rather than the heroic, romantic idealism for which Don Quijote was long prized, it is this skeptical insistence on complexity even in the midst of conflict that speaks to us today» (Fuchs, 2012, p. 1845).

<sup>26</sup> Castiglione, *El cortesano*, p. 517. La idea de que el hombre es un «pequeño mundo», presente en la Antigüedad, es desarrollada por el humanismo italiano (Muñoz, 1994, p. 517, n. 2).

<sup>27</sup> Cervantes, *Quijote*, I, p. 453.

<sup>28</sup> Cervantes, *Quijote*, I, p. 456.



actitud renacentista», expone que en esta se hace del «hombre libre y el Humanismo, que centra en él su atención» el eje de su filosofía<sup>29</sup>. Erasmo y Tomás Moro representan las aspiraciones de esta corriente de pensamiento, que considera al hombre libre parte básica de su doctrina<sup>30</sup>. Las complejidades de la cuestión religiosa, tal y como se plantea en los siglos XVI y XVII, hace que sea fácil desde nuestra perspectiva la simplificación de las polémicas que se daban en la época. Si la persona libre es parte intrínseca del Humanismo, es un precepto que conecta con una de las bases de la teología católica en su lucha ideológica con la reforma protestante, la del libre albedrío. Este ya aparecía en el Antiguo Testamento: «El Señor creó al hombre al principio y lo entregó en poder de su albedrío; si quieres, guardarás sus mandatos» (*Biblia del Peregrino*, *Eclesiástico* 15,14-15).

Al contrario, la Providencia divina podía adquirir aspectos muy radicales durante la Reforma, llegando al concepto de la Predestinación de las almas; máxima a la que se opondría firmemente la Iglesia de Roma (¿buscaban los países protestantes la libertad política al negarla en el terreno de la salvación eterna?). ¿Estamos indefensos ante el destino, marcado en nuestra frente al nacer, como el estigma del prisionero judío?: «¿Es, pues, cierto, que habiendo cura para el alma, no la hay para la suerte? ¡Cosa horrible! ¡Un destino incurable!»<sup>31</sup>. Precisamente, Hauser ve que «en la doctrina de la predestinación», se encuentra la «clave de la crisis del racionalismo y del humanismo en el Renacimiento con la supremacía incondicionada del orden divino sobre el derecho humano»<sup>32</sup>. Hemos observado, no obstante, que frente a las fuerzas oscuras y frías del azar o de las leyes de la causalidad cósmica, frente a una ley divina que nos salva o condena desde nuestra cuna, la teología católica defenderá invariablemente la libertad del alma.

¿Es compatible esta libertad de elección con la noción de la prescripción divina? Montaigne, al tiempo que nutre su obra de referencias a la fortuna, escribe una entrada que explica claramente la orto-

<sup>29</sup> Abellán, 1976, p. 25.

<sup>30</sup> Bataillon, 1978, p. 181.

<sup>31</sup> Hugo, *Los miserables*, p. 1279. «¿Puede acaso el destino ser malo como un ser inteligente, y llegar a ser monstruoso como el corazón humano?» (Hugo, *Los miserables*, p. 228).

<sup>32</sup> Hauser, 1979, p. 81.

doxia católica frente a las tesis protestantes, durante las luchas religiosas del siglo XVI:

A todas nuestras disputas se ha mezclado también la de *Fatum* [...] cierta necesidad inevitable, se resucita este argumento antiguo: «Si Dios previó que todas las cosas debían ocurrir así, como las previó sin duda, menester es que así sucedan». A ello responden nuestros doctores: «El ver las cosas que suceden, como hacemos nosotros y como hace Dios, el cual todo lo ve más que lo prevé, puesto que todo para él es presente, no implica forzamiento de que sucedan. Vemos las cosas porque ocurren, y no ocurren porque las veamos. El hecho hace el conocimiento de él, y no el conocimiento el hecho. Lo que vemos ocurrir, ocurre, pero podía suceder de otro modo [...] dependientes de nuestro libre albedrío, sabiendo que faltaremos porque habremos querido faltar» (Montaigne, *Ensayos completos*, p. 605).

Se podría suponer esta aclaración como simple fórmula para ahorrarse conflictos con la jerarquía eclesiástica. López Fanego llega a mostrar dudas sobre ciertas profesiones de fe de Montaigne, que pueden responder, sospecha, más a la necesidad de evitarse problemas que a un verdadero convencimiento interior<sup>33</sup>. Quizá pueda el pensador francés tener sus dudas sobre la explicación teológica, pero no creo que la tenga sobre su noción de libertad como fundamento de la vida y de nuestra conciencia espiritual.

Montaigne y don Quijote son dos paladines del libre albedrío. La libertad de elección está en nuestras manos (y con esa posibilidad de salvación hasta el final de nuestros días juega Zorrilla en *Don Juan Tenorio*); la voluntad individual en simbiosis con la divina. Con respecto a esto, en un pasaje calificado de abstruso<sup>34</sup>, Cervantes pondrá en labios de don Quijote una sentencia que yo considero tan admirable como la que nos habían dejado los doctores de la Iglesia por boca de Montaigne: «Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura»<sup>35</sup>. Rizando el rizo, don Quijote, en una postura audaz, ha hecho depender nuestra libertad («don de los cielos», Cervantes, *Quijote*, II, p. 470) de la

<sup>33</sup> López Fanego, 1979/1980, p. 195; López Fanego, 1986, pp. 157-158.

<sup>34</sup> Murillo, 2003, *Quijote*, II, p. 541, n. 2.

<sup>35</sup> Cervantes, *Quijote*, II, p. 541.

providencia divina; esta aparece como la garante de aquella (por su favor, «cada uno es artífice de su ventura»), frente a la ciega tiranía del azar o del sino. Este pasaje sorprendente, una contradicción aparente, una paradoja—recordemos, además, que la fe derriba el principio de contradicción<sup>36</sup>—, vincula la libertad individual y la imagen de la Providencia, dos ideas fundamentales en la ortodoxia católica. Dios es el garante de nuestra libertad. Por ello, un personaje de Castiglione, miser César, refiere: «Otros trabajan con hechizos y nigromancias en quitales [a las mujeres] aquella libertad que Dios por propio y excelente don ha concedido a nuestras almas»<sup>37</sup>. Es la libertad un don divino, como afirma Don Quijote y sostiene Pietro Bembo: «siéndonos dada a todos la libertad igualmente de mano de Dios por un don señalado y singular, no es razón que nos sea quitada, ni que uno alcance mayor parte della que otro»<sup>38</sup>.

Víctor Hugo, diferenciando la fatalidad impuesta por los hombres —o por la historia— al destino que es divino, parece ver en este una garantía de nuestra felicidad y libertad, torcida por el ser humano y su «creación», la historia<sup>39</sup>. Grossman, judío soviético que escribe sobre los horrores de la Segunda Guerra Mundial, los campos de exterminio nazis y los gulags estalinistas, señala algo semejante al decir: «El hombre condenado a la esclavitud se convierte en esclavo por destino, pero no por naturaleza. La aspiración innata del hombre a la libertad es invencible; puede ser aplastada pero no aniquilada»<sup>40</sup>. Subyugada será por las circunstancias históricas, no por su creador (naturaleza o Dios). Por ello, Víctor Hugo se interroga: «¿El hombre, creado bueno por Dios, puede hacerse malo por el hombre? ¿Puede el alma [...] hacerse malvada siendo malo el destino?»<sup>41</sup>. El «destino» humano nos empuja a la maldad, no el «hado» divino.

<sup>36</sup> «La fe abraza varias verdades que al parecer se contradicen» (Pascal, *Pensamientos*, p. 275). En mi opinión, lo importante en este punto son los principios que se defienden; los seres humanos, del mismo modo, estamos fabricados de retazos disímiles y chocantes.

<sup>37</sup> Castiglione, *El cortesano*, p. 411.

<sup>38</sup> Castiglione, *El cortesano*, p. 469.

<sup>39</sup> Hugo, *Los miserables*, p. 3.

<sup>40</sup> Grossman, 2011, p. 264. Freud señala que el ser humano por instinto quiere la libertad: «La libertad individual no es un bien de la cultura, pues era máxima antes de toda cultura» (Freud, 1980, p. 39). ¿La libertad de expresión será entonces un derecho humano (o natural) más que una «imposición cultural de Occidente»?

<sup>41</sup> Hugo, *Los miserables*, p. 92.

Don Quijote lo explica ejemplarmente al ofrecer sus razones para la liberación de los galeotes: «me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. [...] Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres»<sup>42</sup>. Una novela que se atreve a nombrar incluso a la subversiva libertad de conciencia<sup>43</sup>; se transforma en oda a la libertad: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos»<sup>44</sup>. Se defiende la libertad del esclavo; y la de la mujer para elegir su destino, como en el caso de Marcela: «Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos»<sup>45</sup>. Sancho Panza abandona su ínsula y va risueño en su rucio, disfrutando de su liberación de las tiranías del poder, pues prefiere estar «en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda»<sup>46</sup>.

Con la misma firmeza defenderá Montaigne este principio: odia toda forma de tiranía, efectiva o verbal<sup>47</sup>; y no le gustan los deberes impuestos contra su voluntad: «La acción que carece del esplendor de la libertad carece de honor y de gracia»<sup>48</sup>. Estimula la libertad de expresión, «aunque sea a mis expensas»; no concibiendo que «un magistrado pueda condenar un libro porque éste haya incluido entre los mejores poetas de su siglo a un hereje»<sup>49</sup>. Defenderá la entrega libre de la mujer, pues si no fuese así, amaríamos a un cuerpo sin alma y sin sentimiento; y admira que en Italia se galantee a las cortesanas, ya que es la voluntad de las mujeres lo que debemos buscar, que es libre y no se puede vender<sup>50</sup>. Este ideal engarza ambas obras, como asimismo traspasa el Humanismo. Testimonia San Pablo: «Ese Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (*Biblia del Peregrino*, II Corintios 3,17).

<sup>42</sup> Cervantes, *Quijote*, I, p. 273.

<sup>43</sup> Cervantes, *Quijote*, II, p. 451.

<sup>44</sup> Cervantes, *Quijote*, II, p. 470.

<sup>45</sup> Cervantes, *Quijote*, I, p. 186.

<sup>46</sup> Cervantes, *Quijote*, II, p. 444. Para los antiguos griegos: «It [ser libre] meant neither to rule nor to be ruled» (Arendt, 1998, p. 32).

<sup>47</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 792.

<sup>48</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 822.

<sup>49</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, pp. 786, 861.

<sup>50</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, pp. 752-753.

Sartre, desde su ateísmo, declarará mucho tiempo después: «no hay determinismo, el hombre es libre, el hombre es libertad»<sup>51</sup>. Por cierto, a la Conferencia donde pronuncia esta máxima, la había titulado: «El existencialismo es un humanismo». Define al existencialismo como una doctrina optimista, «puesto que el destino del hombre está en él mismo»; añadiendo que «sólo hay esperanza en su acción» y que «la única cosa que permite vivir al hombre es el acto»<sup>52</sup>. Su compañera sentimental, Simone de Beauvoir, en *La ética de la ambigüedad* (1947), reconociendo el hecho de la inevitabilidad de la muerte y las limitaciones que ella impone sobre la existencia, nos pide apoderarnos de nuestra libertad, y darle sentido a través de los actos; su versión del existencialismo se basa en la libertad ontológica del ser humano, y la responsabilidad que ella supone<sup>53</sup>. El acto o la acción, que, en opinión de Arendt, corresponde a la condición humana de la pluralidad y es base de nuestra individualidad; para Jesús, incluso la fe está unida estrechamente a la acción<sup>54</sup>. El Premio Nobel de Literatura y superviviente de los campos de exterminio nazis, Imre Kertész, en *Sin destino*, concluye que el hombre/la mujer sí es libre: «si el destino existía entonces no podía existir la libertad. [...] Si existe la libertad entonces no puede existir el destino, por lo tanto, nosotros mismos somos nuestro propio destino»<sup>55</sup>. Siempre habrá un espacio para la libertad humana, al margen y por encima del destino y del azar.

Buñuel afirmaba que sólo la imaginación era libre; pero el ser humano, no<sup>56</sup>. No obstante, hay otro ámbito en que nos autodeterminamos sin cesar, y de una manera mucho más radical: la conciencia<sup>57</sup>. Libertad de conciencia se dice; yo prefiero hablar de libertad *en* conciencia, espacio radical para el libre albedrío. Siempre existirá un

<sup>51</sup> Sartre, 2012, p. 7.

<sup>52</sup> Sartre, 2012, p. 13.

<sup>53</sup> Kritzman, 2009, p. 206.

<sup>54</sup> Arendt, 1998, pp. 7-8, 8 n. 1.

<sup>55</sup> Kertész, 2011, p. 260.

<sup>56</sup> Citado en Pérez Turrent y Colina, 1993, p. 32.

<sup>57</sup> «La conciencia no tiene límites, siendo, como es, Dios» (Hugo, *Los miserables*, p. 1281). Cicerón: «Ha de recordarse que Dios es nuestro testigo; y este testigo, a mi entender, está en nuestra conciencia» (*de Officiis*, III, 10) (Montaigne, *Ensayos completos*, 534, n. 407). San Pablo (*Biblia del Peregrino*, II Corintios, 1,12): «Nuestro orgullo consiste en el testimonio de la conciencia» (cita también Montaigne este versículo: Montaigne, *Ensayos completos*, p. 536, n. 411).

rincón para la libre voluntad. No por casualidad el filósofo francés Barthes advertía en la voluntad la virtud humanística por excelencia<sup>58</sup>. Esto es así porque esta facultad depende, en gran medida, sólo de nosotros mismos y no de un azar de la naturaleza o de una disposición divina. En vuestra alma, no hay otro soberano: «Si otros os sobrepasan en ciencia, gracia, fuerza o fortuna, podéis alegar que ello se debe a causas ajenas, pero ceder en firmeza de alma es cosa que sólo de nosotros depende»<sup>59</sup>. Alegato a favor de la voluntad; vimos que el mismo don Quijote atestigua que, por providencia de los cielos, «cada uno es artífice de su propia ventura»<sup>60</sup>. Por eso mismo, decide cambiar de nombre, «y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían, o cuando les venía a cuento»<sup>61</sup>. Idea fuertemente enraizada en la doctrina cristiana, la libertad de elección; su deseo de ser brinca desde el principio de sus aventuras: «Yo sé quién soy» (Cervantes, *Quijote*, I, p. 106). El Nuevo Testamento está hilado con esa pregunta que hace Jesús a sus discípulos: ¿quién dicen/decís que soy yo?

En cada situación extrema de la vida, por muy terrible que sea, quedará un hueco para esa autodeterminación: en nuestra conciencia se juega la salvación de nuestra alma —si existe un Más Allá al que le importe—. «Yo, y no otro, había dado unos pasos, y puedo decir que dentro de mi destino dado siempre había actuado con honradez»<sup>62</sup>. Séneca sostiene que en última instancia no debemos pensar tanto en que el destino lo puede todo para el que vive, sino «en esto otro: que el destino no puede nada sobre el que sabe morir»<sup>63</sup>. Y se pregunta el filósofo romano cómo estando la libertad tan al alcance de la mano, puede haber un esclavo; pues la vida es esclavitud sin la virtud de

<sup>58</sup> Barthes, 2000, p. 117.

<sup>59</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 933.

<sup>60</sup> Cervantes, *Quijote*, II, p. 541.

<sup>61</sup> Cervantes, *Quijote*, II, p. 166. Recordemos a don Quijote: «cada uno es hijo de sus obras» (Cervantes, *Quijote*, I, p. 97); «Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado» (Cervantes, *Quijote*, II, p. 291). O las famosas palabras de Santa Teresa sobre las obras que son amores.

<sup>62</sup> Kertész, 2011, p. 259. Reflexiona Kertész: «sólo había situaciones dadas que contenían posibilidades. Yo había vivido un destino determinado; no era ése mi destino pero lo había vivido» (Kertész, 2011, p. 259).

<sup>63</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 294.

saber cómo morir<sup>64</sup>. Estas ideas están muy alejadas del cristianismo, pero recordemos que ya para los antiguos griegos la esclavitud es peor que la muerte.

La cantautora española Mari Trini interpretaba con voz quebrada: «El amor es una barca/con dos remos en el mar/un remo aprietan mis manos/el otro lo mueve el azar». El cielo o el azar nos pondrán inevitablemente ante la necesidad de tomar constantemente resoluciones en la vida; de nosotros depende el camino que surcará la conciencia. Montaigne ve en la obligación que le impone esta algo mucho más estricto y severo que las leyes; y llega a sostener: «Toda persona de honor prefiere perder su honor a perder su conciencia»<sup>65</sup>. Libertad en la conciencia, ahí radica nuestro gran espacio íntimo e intransferible de libertad. «La razón no se doblega; las rodillas, sí»<sup>66</sup>. Y recordemos el ardor de don Quijote en su arenga: «no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce» (Cervantes, *Quijote*, I, p. 269).

¿Azar o destino?: libre albedrío, para hacer el bien y para pecar; porque si Dios fuera el garante de nuestra libertad (¿esta dimensión interior tendría el mismo sentido frente al indiferente azar o a incommovibles estrellas?), también lo sería el Demonio. El pecado es condición *sine qua non* para la libertad *en* conciencia; porque si no existiera el mal, ¿entre qué opciones deberíamos elegir?<sup>67</sup> Si no existiera el Diablo, ¿qué sentido tendría la conciencia?

#### BIBLIOGRAFÍA

Abellán, José Luis, *El erasmismo español: Una historia de la otra España*, Madrid, Gráficas Espejo, 1976.

<sup>64</sup> Citado en Arendt, 1998, p. 36, n. 30.

<sup>65</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, pp. 543, 822. «Antes de todo está el derecho a la conciencia. Privar a un hombre de este derecho es terrible» (Grossman, 2011, pp. 889-890).

<sup>66</sup> Montaigne, *Ensayos completos*, p. 796.

<sup>67</sup> Freud advierte: «se podría pedir cuentas a Dios tanto de la existencia del Diablo como del mal que encarna» (Freud, 1980, pp. 61-62). «Si Dios ha hecho este mundo, yo no quisiera ser Dios. La miseria del mundo me desgarraría el corazón» (Schopenhauer, *El amor, las mujeres y la muerte*, p. 139). Yo no lo considero así: de la misma manera que Judas es necesario para cumplir la misión redentora de Cristo (¿será salvado por ello en el Más Allá?); el Diablo lo es para garantizar nuestra libertad de actuación.

- Arendt, Hannah, *The Human Condition*, 2ª ed., introducción Margaret Canovan, Chicago, The U. of Chicago P, 1998.
- Bajtin, Mijail Mijailovich, *The Dialogical Imagination: Four Essays*, ed. Michael Holquist, U. of Texas P., Slavic Ser. 1, Austin, U of Texas P., 1990.
- Barthes, Roland, *Mitologías*, 3ª ed., Madrid, S. XXI, 2000.
- Bataillon, Marcel, *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 1978.
- Béguin, Albert, *El alma romántica y el sueño: Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, trad. Mario Monteforte Toledo, revisión Antonio y Margit Alatorre, México, FCE, 1992.
- Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, ed. Rolf Tiedemann, trad. Luis Fernández Castañeda, Isidro Herrera, y Fernando Guerrero, Madrid, Akal, 2005.
- Biblia del Peregrino*, trad. dirigida por Luis Alonso Schökel, Bilbao, Ega-Mensajero, 1993.
- Castiglione, Baldassare, *El cortesano*, trad. Juan Boscán, ed. e introducción Mario Pozzi, traducción, introducción, y notas Mª Nieves Muñiz Muñiz, Madrid, Cátedra, 1994.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 2 vols., 5ª ed., ed. e introducción Luis Andrés Murillo, Madrid, Castalia, 2003.
- Einstein, Albert, *Mi visión del mundo*, 6ª ed., ed. Carl Seelig, Barcelona, Tusquets, 1986.
- Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura y otros ensayos*, 6ª ed., Madrid, Alianza, 1980.
- Fuchs, Barbara, «Golden Ages and Golden Hinds; or, Periodizing Spain and England», *Theories and Methodologies, PMLA*, 127.2, 2012, pp. 321-327.
- Gracián, Baltasar, *El Héroe*, ed. Arturo del Hoyo, *El Héroe. El Político. El Discreto. Oráculo manual y arte de prudencia*, Gracián, ed. Arturo del Hoyo, Barcelona, Plaza y Janés, 1986, pp. 101-155.
- Grossman, Vasili, *Vida y destino*, trad. Marta Rebón, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2011.
- Hauser, Arnold, *Conversaciones con Lukács*, Barcelona, Guadarrama, 1979.
- Hugo, Victor, *Los miserables*, 3ª ed., ed. José Luis Gómez, introducción Alain Verjat, trad. Nemesio Fernández Cuesta, Barcelona, Planeta, 1993.
- Kertész, Imre, *Sin destino*, trad. Judith Xantus, revisión Adan Kovacsics, Barcelona, Acantilado, 2011.
- Kinder, Marsha, *Blood Cinema: The Reconstruction of National Identity in Spain*, Berkeley, U. of California P., 1993.
- Kristeva, Julia, *This Incredible Need to Believe*, trad. Beverly Bie Brahic, European Perspectives, New York, Columbia UP, 2009.



- Kritzman, Lawrence D., «Simone de Beauvoir, the Paradoxical Intellectual», *Theories and Methodologies*, *PMLA*, 124.1, 2009, pp. 206-213.
- López Fanego, Otilia, «Contribución al estudio comparado de Montaigne y Cervantes», *Anales Cervantinos*, 18, 1979/1980, pp. 163-207.
- López Fanego, Otilia, «Montaigne y la Inquisición: Una coincidencia con Cervantes», *Anales Cervantinos* 24, 1986, pp. 149-162.
- Marx, Carlos, *El Capital: Crítica de la Economía Política*, vol. I, 2ª ed., trad. Wenceslao Roces, México DF, FCE, 1984.
- Montaigne, Miguel Eyquem de, *Ensayos completos*, 2ª ed. introducción Emiliano M. Aguilera, trad. y notas Juan G. de Luaces, México D.F., Porrúa, 1999.
- Muñiz Muñiz, Mª Nieves, Notas, *El cortesano*, Baldassare Castiglione, trad. Juan Boscán, ed. e introducción Mario Pozzi, trad., introducción y notas Mª Nieves Muñiz Muñiz, Madrid, Cátedra, 1994.
- Murillo, Luis Andrés, ed. «Introducción» y notas, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes Saavedra, 2 vols., 5ª ed., Madrid, Castalia, 2003, vol. I, pp. 9-32.
- Pascal, Blaise, *Pensamientos*, ed. y trad. Mario Parajón, Madrid, Cátedra, 1998.
- Pérez Turrent, Tomás, y José de la Colina, *Buñuel por Buñuel*, Madrid, Plot, 1993.
- Sartre, Jean-Paul, «El existencialismo es un humanismo»: Conferencia, Uruguaypiensa, n.d. [Web, 23 Julio 2012].
- Schopenhauer, Arthur, *El amor, las mujeres y la muerte*, introducción Dolores Castrillo Mirat, Madrid, EDAF, 1987.
- Stone, Jonathan, «Polyphony and the Atomic Age: Bakhtin's Assimilation of an Einsteinian Universe», *PMLA*, 123, 2008, pp. 405-421.



